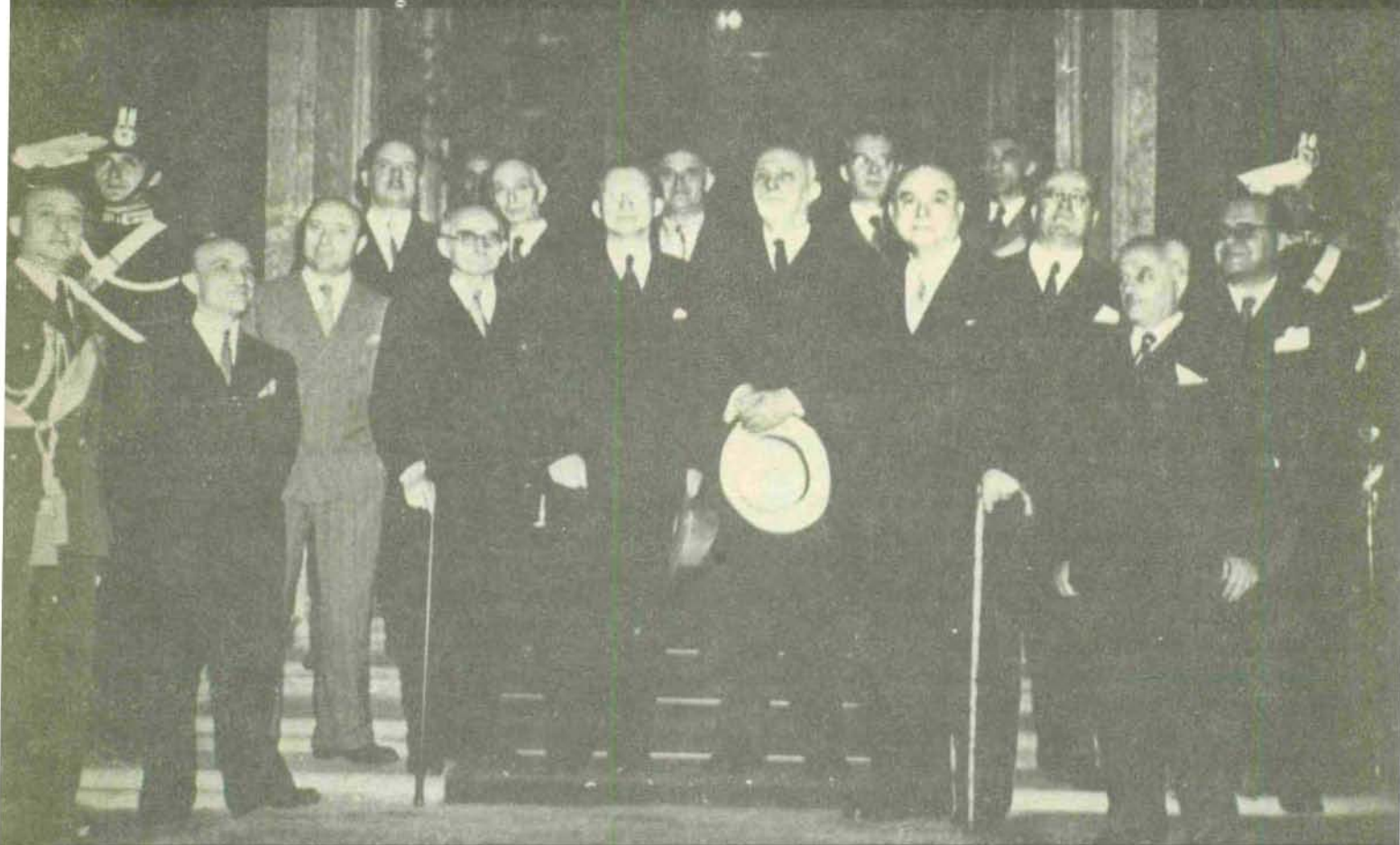


El nacimiento de la



El primer Gobierno de la República italiana. Presidido por Alcide De Gasperi, reúne a destacadas personalidades de la vida política nacional. Corresponde a este gabinete dirigir los primeros pasos de la vida nacional durante la conflictiva transición que experimenta Italia a mediados de la década de los cuarenta.

José María Solé Mariño

LA CAIDA DE MUSSOLINI

En la primavera de 1943 se hace evidente la precaria situación en que se encuentra el régimen fascista en Italia. A la demostración de oposición obrera que suponen las huelgas que estallan en esos momentos afectando a la región industrial del norte, viene a unirse la desafección manifiesta de los soportes básicos del sistema. La política fascista está ahora totalmente desacreditada entre el pueblo después de tres años de desastrosa guerra no deseada por nadie. El

creciente malestar ocasionado por las restricciones alimenticias, el alza de los precios y el descenso general del nivel de vida se unen al temor ante una muy posible derrota militar seguida por una ocupación extranjera. Pero el descontento de las masas es solamente el telón de fondo para los actos concretos que provocarán la caída de Mussolini y su aparato, víctimas de la lucha interna dentro del ámbito de los poderes político, económico y religioso.

Las clases dirigentes tradicionales —militares, medios conservadores, altos negocian-

tes e industriales, así como la jerarquía católica— que en 1922 habían propiciado la ascensión del fascismo, rompen ahora el pacto cuando la tan temida revolución social parece flotar de nuevo sobre el horizonte italiano, impulsada por el desasosiego popular. El fascismo parece ahora incapaz de aportar soluciones válidas ante el deterioro de la situación. Se impone, pues, el recambio en la cúspide visible del poder. El Vaticano y la Corona apoyan estos proyectos, intentando al mismo tiempo borrar la comprometedor imagen ofrecida por los largos años de cómoda

República Italiana



Benito Mussolini, Duce de Italia entre 1922 y 1943. Regidor indiscutido de la política nacional durante estos veintiún años, además de contar con el apoyo de las clases dirigentes, gozará de un respaldo popular ampliamente extendido.

connivencia con el régimen ahora sentenciado.

Los partidos democráticos en la clandestinidad esperan de estos hechos cierto tipo de reformismo, pero en ningún caso transformaciones estructurales, temerosos también del auge del comunismo dentro del campo de la oposición al régimen. Dentro del propio partido fascista, desmesuradamente ampliado durante la guerra, los dirigentes históricos favorecen —con sordina— el inminente cambio, que parece capaz de guardar los privilegios adquiridos tras veinte años de poder absoluto. Durante todo el año anterior se habían multiplicado, sin éxito por el momento, los contactos officiosos

con representantes de los aliados, tanto por parte de jerarcas fascistas como por elementos de los partidos democráticos e incluso por miembros de la familia real.

La reunión del Gran Consejo Fascista, celebrada el 25 de julio de 1943, durante la que es sometido a censura un Mussolini envejecido y debilitado, no vendrá a significar más que la representación de un clásico golpe de palacio, originado y desarrollado dentro de un cerrado ámbito de jerarquías con la total exclusión de la mayoría de la población. Revuelta de élites que producirá una serie de consecuencias de carácter externo, manteniendo en definitiva

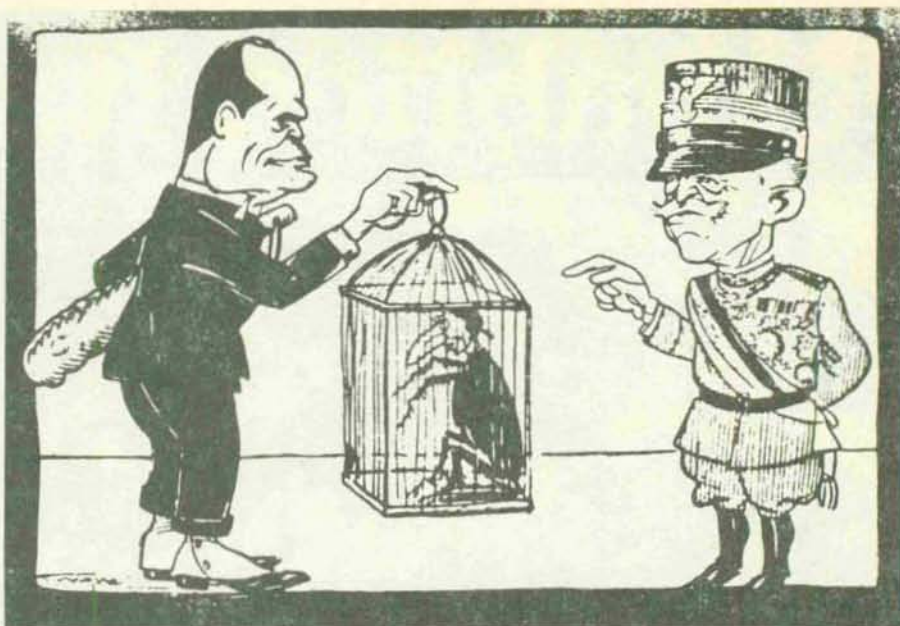
EN el mes de junio de 1981 se ha cumplido el treinta y cinco aniversario del nacimiento de la República italiana. Situada la caída de la Monarquía de la Casa de Saboya dentro de un contexto europeo que agruparía los sucesivos hundimientos de los regímenes monárquicos de varios países balcánicos —Yugoslavia, Rumanía, Bulgaria—, el caso italiano presenta particularidades muy diferenciadas. En el aspecto fundamental, el hecho se produce dentro de una situación definida por caracteres democráticos, mientras los demás ejemplos citados proceden al derribo del régimen coronado en medio de revoluciones nacionales impuestas y dirigidas por un ocupante exterior, la Unión Soviética.

Los años 1917-18 habían conocido la primera oleada de republicanismo instaurado en una serie de Estados del centro y este de Europa. La etapa 1945-47 vivirá la segunda fase de esta tendencia, que afectará ahora a las zonas del sur y sureste del continente.

prácticamente intacto el entramado socioeconómico anterior. Cuando el Gran Consejo, transmisor de la voluntad de los antiguos valedores del régimen, niega su confianza al *Duce*, y el mismo monarca le pide la dimisión, está ya preparada la figura de cambio, en la que estos poderes decisorios tienen puestas sus esperanzas para el mantenimiento de una situación de la que últimamente parecían haber perdido parte del control. Diez días antes, el desembarco aliado en Sicilia había llevado la guerra a suelo italiano.

El período Badoglio

Escribe el historiador británico Hearder: «La monarquía, que había sido un apéndice iló-



El sacerdote siciliano Dom Sturzo, fundador de la Democracia Cristiana, es apartado del juego político por Mussolini al salir los ministros de su Partido Popular del Gobierno de coalición presidido por el *Duce*, en 1923. En la imagen, una caricatura de la época representa a Mussolini, Sturzo (dentro de la jaula) y el rey Víctor Manuel III.



Mussolini con el mariscal Graziani, símbolo de la benevola aceptación por parte del Ejército italiano de la dictadura fascista. Hasta los últimos momentos los militares italianos no adoptarán ninguna postura de oposición hacia el régimen.

gico y patético del fascismo, encontraba ahora una posibilidad de escapar del fantástico y desastroso experimento. Cuando el rey encargó al mariscal Pietro Badoglio la formación de un nuevo Gobierno, parecía conservarse cierto grado de continuidad constitucional.» Elemento de cohesión en esos delicados momentos, la Corona permite a las clases dirigentes ganar tiempo y sortear la situación con el menor trauma posible, al tiempo que se evita la irrupción violenta de las clases populares en los centros del poder. Son ahora los tradicionales sectores detentadores de ese poder quienes entran de nuevo vigorosamente en escena. Beneficiados económica y socialmente durante el *ventennio* fascista, proceden a la ordenación de una situación magníficamente descrita por el francés Bernstein: «Se había sustituido el fascismo plebeyo por un régimen autoritario y conservador, totalmente conforme con la voluntad de los elementos más reaccionarios de la antigua clase dirigente. Pero, privado del apoyo de las masas y de grandes sectores de la burguesía, que buscaban una renovación política, no iba

a poder resistir mucho tiempo la tormenta.»

El Gobierno de Badoglio, mientras decide continuar la guerra al lado del Reich con ánimo de ganar tiempo, procede en el interior a una serie de superficiales transformaciones. Desaparecidos por decreto el partido fascista, el Gran Consejo y el tribunal especial, sigue en sus puestos prácticamente la totalidad del personal político y administrativo, que de la misma forma pasará a integrarse en el cuerpo de la futura República, condicionando su trayectoria futura. Esta etapa, que se extiende hasta el mes de junio de 1944, constituye la página más negra de la historia de Italia. El anuncio de la firma del armisticio con los aliados —firmado el 3 de septiembre de 1943— produce la invasión del país por las fuerzas alemanas, con lo que Italia queda dividida en dos partes enfrentadas. Ocupada incluso Roma, el Rey y el Gobierno, que se consideran depositarios de la legalidad constitucional, huyen a Brindisi acogiéndose al amparo aliado.

El Gobierno ofrece una am-

plia amnistía política y la posibilidad de reorganización controlada de los sindicatos, pero prohíbe expresamente la actividad de los partidos. De esta forma, las formaciones políticas de todo signo actúan clandestinamente desde la óptica legal, pero de hecho sus contactos con los aliados —entre la buena voluntad de Roosevelt y las reticencias de Churchill— les sitúan en una posición de útil ambigüedad.

Saló

El día 12 de septiembre, Mussolini es liberado por un comando alemán de su prisión en los Abruzzos. Trasladado al norte constituye por indicación de Hitler una *República Social Italiana* a la que sirve de base ideológica un renovado partido fascista, vuelto a sus orígenes socializantes. La aparente independencia del régimen se adorna con la creación de exigüos cuerpos armados. De hecho, es el Reich alemán, a través de la acción de las SS, quienes supervisan la trayectoria de la *República*. Se suceden las nacionalizaciones y la ex-

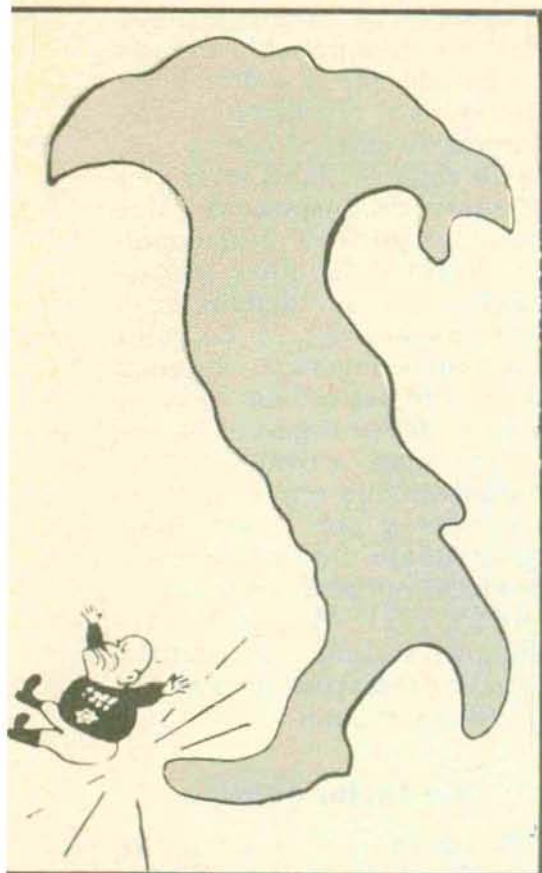
propiación de tierras, justificadas por el especial socialismo de Estado que se pretende imponer. La represión adopta formas diversas, desde la puesta en vigor de duras leyes antisemitas de inspiración nazi hasta el juicio y fusilamiento en Verona de altos jefes fascistas comprometidos en la conspiración del 25 de julio. La fantasmagórica existencia de este régimen títere se ve jalonada del principio al fin por la creciente actividad de los partisanos que actúan en la zona norte y por el manifiesto descontento de la numerosa población obrera del triángulo industrial Milán-Turín-Génova, incluido en el territorio tan precariamente administrado desde Saló.

La lucha política

Mientras en el norte los miembros del Partido Comunista ocupan los puestos más importantes en la lucha guerrillera, ganándose con su eficacia la voluntad de miles de futuros votantes, en el sur, donde se localizan los poderes visibles del Estado, tiene lugar



La guerra de Abisinia —octubre de 1935 a mayo de 1936— eleva a la Italia fascista a la categoría de potencia colonial a nivel europeo. En la imagen, el mariscal Badoglio, principal responsable de las grandes matanzas de etíopes, en un momento de la campaña, poco antes de ocupar Addis Abeba.



Caricatura de la época, en la que se observa cómo Italia, representada por la silueta de su península en forma de bota, expulsa violentamente del poder a Mussolini, el 25 de julio de 1943.

una tenaz lucha en previsión de la futura organización de Italia una vez concluidas las hostilidades. Las batallas libradas sobre suelo italiano entre las fuerzas aliadas y los ocupantes alemanes constituyen sucesivos pasos que van aproximando el momento de la liberación total del país, para la que ya se preparan todas las fuerzas políticas.

La toma de posición del rey Víctor Manuel alentando la caída del *Duce* no es condición suficiente para borrar la impresión dejada por veinte años de complacida aceptación del régimen mussoliniano. Desacreditada ante el pueblo, la Corona ya no puede contar siquiera con la lealtad de los sectores tradicionalmente conservadores, como los militares y los grandes terratenientes e industriales. Los partidos políticos —todavía en la clandestinidad— son contrarios a la presencia del Rey. La dinastía de Saboya ha perdido todo su histórico

carisma obtenido tras la unificación. Ahora solamente cuenta con puntos de apoyo muy concretos, como el campesinado atrasado del Mediodía, y la Iglesia Católica, su tradicional enemiga, que ahora ve en el mantenimiento de la Monarquía un dique de contención contra la temida revolución.

Entre los aliados, las posiciones están claramente enfrentadas. Churchill, principal valedor del Gobierno de Brindisi, apoya la idea de una Monarquía constitucional como fundamento de estabilidad por una parte, y por otra como elemento de control del Ejército. Roosevelt, por su parte, desea la inmediata formación de un Gobierno democrático, por lo que apoya abiertamente la acción de los partidos políticos, que caminan ahora hacia una acción concertada. El *Partido de Acción*, socialistas y socialdemócratas, liberales, comunistas y democristianos, formando la denominada *exarquía*, actúan dentro de posturas moderadas. Los mismos monárquicos liberales, en su interés por salvar la institución, presionan acerca de la abdicación del Rey en favor de su hijo Humberto, de historial personal más diáfano en relación con el fascismo.

El Gobierno Badoglio, cuya zona de soberanía efectiva abarca las zonas económicamente más deprimidas del país, a pesar de ser considerado cobeligerante sufre pesados controles de los aliados. En abril de 1944, queriendo mostrar una actitud de apertura, el mariscal da entrada en el gabinete a personalidades tan destacadas como Palmiro Togliatti, Benedetto Croce y el conde Sforza. El 4 de junio es liberada la ciudad de Roma. Seis días más tarde, tras la dimisión de Badoglio, Ivanhoe Bonomi forma un gobierno de amplia participación en el que se incluye a Gronchi, Sforza, Croce, Saragat, De Gasperi y Togliatti, conspicuos representantes de los partidos democráticos y primeras figuras de la futura República.

Italia desgarrada

Todavía esperan al destrozado país largos meses de guerra hasta su finalización en la primavera de 1945. Será precisamente en esa última etapa cuando el conflicto venga a adquirir las características de una guerra civil. Un ser atrasado y miserable, ahora invadido por fuerzas extranjeras, y carente de toda mentalización cívica y



Gran Sasso, Abruzzos, 12 de septiembre de 1943. El prisionero Mussolini es liberado por un comando alemán dirigido por Otto Skorzeny, y transportado al norte por órdenes de Hitler.

social, se enfrenta a un norte desarrollado, apoyado en la fuerza de la guerrilla mayoritariamente comunista, que anuncia la apertura de nuevos caminos para las masas del proletariado industrial y para la burguesía urbana de signo progresista. A lo largo de estos meses de lucha, para Sergio Romano, la división de Italia fue, no sólo geográfica, sino también —y más profundamente— social y moral. Incluso el enfrentamiento civil se produce de forma material, ya que cerca de un millón de italianos participan en los combates, encuadrados en las unidades enfrentadas.

Al mismo tiempo que las fuerzas aliadas prosiguen su difícil camino hacia el norte a través de extensas zonas devastadas, grandes huelgas se suceden en los cinturones industriales de Turín y Milán. En Roma, los partidos de izquierda intentan aumentar el protagonismo de los comités de liberación, de cara a la situación de fuerzas a la hora de la paz. Pero los aliados prefieren prestar su apoyo a los sectores más moderados que, a través de frecuentes crisis de gobierno, siguen conservando la dirección del proceso.

El día 2 de mayo de 1945 tiene lugar la capitulación alemana. Cuatro días antes Benito Mussolini ha sido fusilado



Mussolini, presidente de la República Social Italiana, se reúne con el mariscal del Reich, Hermann Goering. Por ninguna de las dos partes se intenta disimular el completo control que Alemania ejerce sobre el Estado títere de Saló.



Imagen de una reunión del Gobierno de la República Social. Contando con algunas de las figuras más radicales del fascismo, el régimen nunca alcanzará vida propia, sofocado entre la opresiva presencia alemana, la oposición obrera y las acciones bélicas de los partisanos.



El 28 de abril de 1945 Mussolini es detenido cuando intenta refugiarse en Suiza. Será fusilado por una partida de guerrilleros y su cadáver, junto con el de algunos de sus acompañantes, trasladado a Milán donde serán expuestos a la curiosidad pública.

por una partida de guerrilleros. Comienza para Italia la tarea de la reconstrucción. Ahora se hace patente la decisiva presencia del elemento partisano, fundamental cuando el gran problema político se encuentra en conseguir un inicio de acuerdo entre el Gobierno de Roma y las fuerzas de la resistencia en el norte, conscientes de su enorme peso entre la opinión pública. Cae Bonomi y forma gobierno Ferruccio Parri, jefe de la resistencia. Las disensiones que enfrentan a los partidos que componen el gabinete, ahora escorado más a la izquierda, hacen caer también a este gobierno. En el mes de diciembre de 1945, el democristiano Alcide de Gasperi, que había pasado toda la guerra refugiado en el Vaticano, forma un nuevo gobierno claramente conservador. Es el inicio de la hegemonía de la

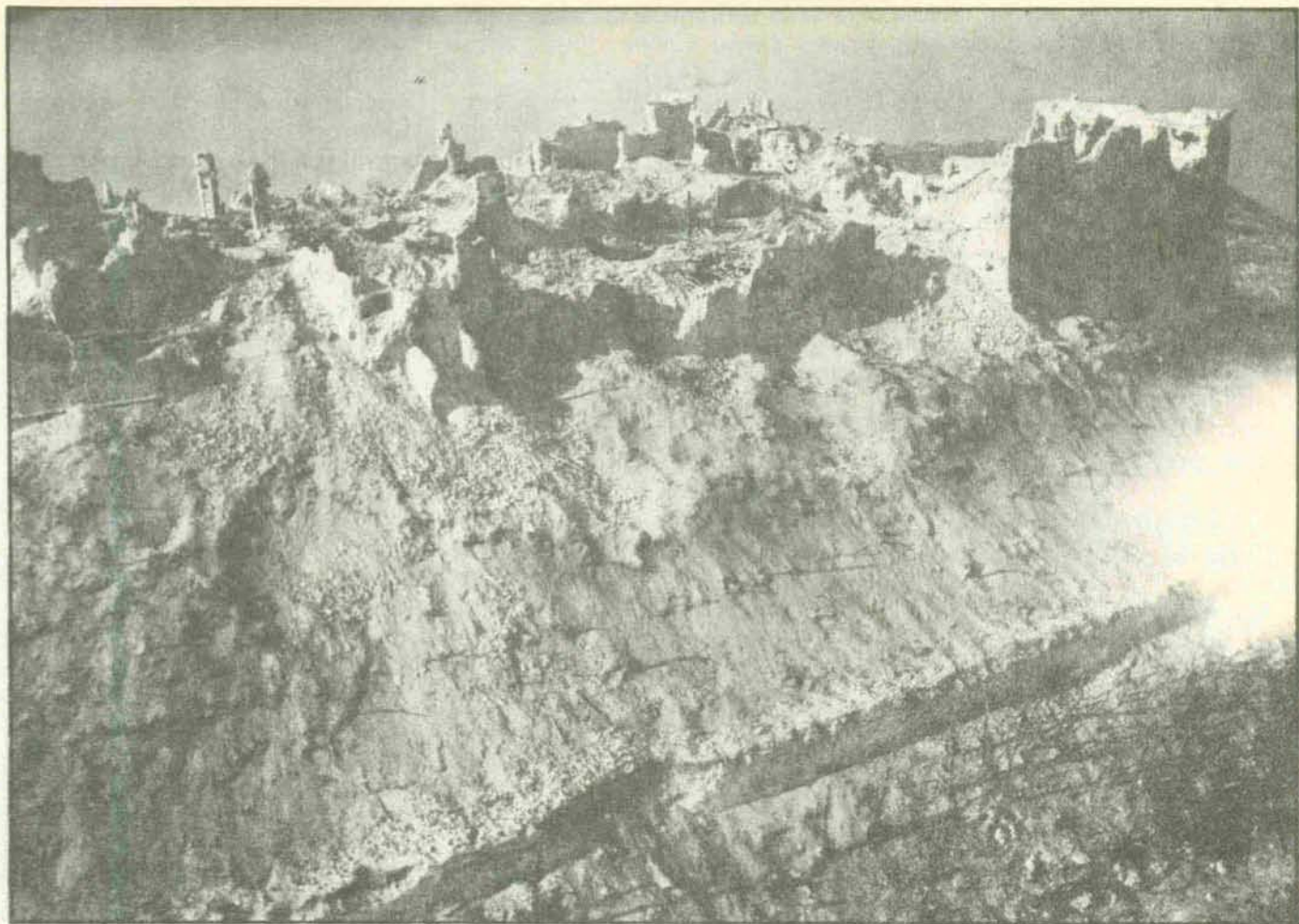


El mariscal de Italia Pietro Badoglio (1871-1956) es la figura que preside desde el poder ejecutivo la desaparición formal del régimen fascista. Representante de las fuerzas más conservadoras de la sociedad italiana, no podrá resistir el empuje de las formaciones políticas imbuidas de ansias democráticas.

Democracia Cristiana en Italia.

Los primeros tiempos de la paz

En el plano material, la situación es desastrosa. País vencido y amenazado con pérdidas territoriales, Italia se halla con sus edificios, fábricas y vías de comunicación gravemente dañados o destruidos. El país, pobre y superpoblado, se ve precisado a solicitar la ayuda alimentaria a los aliados. El racionamiento favorece la expansión de la corrupción y el mercado negro, pero la recuperación industrial se iniciará a pesar de todo a principios de 1946. En otro orden de cosas, el rico patrimonio artístico italiano ha sufrido las consecuencias de saqueos y destrucciones, que han afectado a una



Las ruinas de la abadía benedictina de Montecassino son una buena muestra de las grandes destrucciones que la guerra produjo sobre el suelo italiano, que además de producir inmensas pérdidas humanas y materiales, privaron definitivamente al país de porciones fundamentales de su legado artístico.

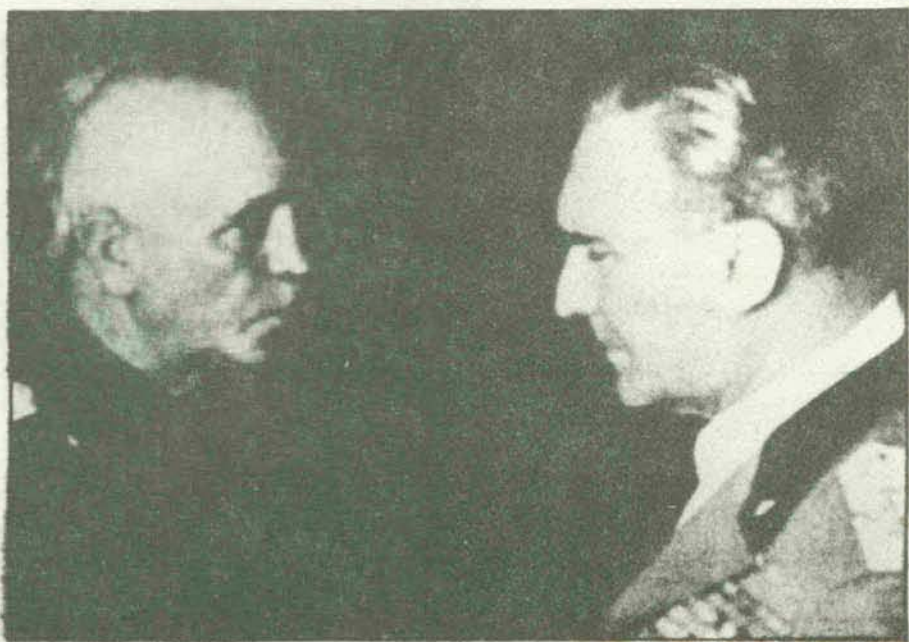
parte importante de sus bienes.

Con la liberación del norte habían dado comienzo los incontrolados *juicios populares* que, organizados por los guerrilleros, emiten durante los primeros seis meses más de doscientas condenas de muerte inmediatamente cumplidas. El alto clima de violencia reinante favorece asimismo todo tipo de actuaciones particulares dirigidas contra personas acusadas de cualquier clase de compromiso con el régimen caído. La cifra exacta de muertes producida por esta causa es desconocida, pero entre los números que se barajan cabe anotar el aportado por la prensa de aquellos días, que las sitúa entre diez y veinte mil.

Desde un punto de vista legal, la represión viene definida por su brevedad. Los tribunales se encargan de procesar a

figuras destacadas, pero nunca a personas cuya actuación no hubiera rebasado el ámbito particular. Un ínfimo porcen-

taje del funcionariado es depurado. Por todo ello, y debido principalmente a presiones procedentes de instancias muy



Los mariscales Badoglio y Graziani durante los primeros momentos del armisticio con los aliados. El Ejército italiano, tras la caída de Mussolini, se pasa a las órdenes de sus antiguos enemigos los angloamericanos.

altas, la represión oficial termina diluyéndose a base de amnistías y lentitudes en los procesos que se siguen. Por su parte, el Ejército sale casi incólume de la prueba. Muy pocos jefes militares se verán acusados de connivencia con el fascismo. Los nuevos poderes prefieren evitar un enfrentamiento directo con el Ejército en unos momentos en que son necesarios todos los apoyos posibles para la edificación del nuevo complejo institucional que se prepara.

La continuación de la vida política

La reaparición de los partidos inmediatamente después de la caída de Mussolini demostró la existencia de una continuidad incluso bajo las precarias circunstancias de la persecución y la clandestinidad durante veinte años. Tanto entre los exiliados como entre los opositores del interior, la idea democrática había permanecido viva a la espera del derrumbamiento del fascismo. Demostración tangible de esta continuidad es la reaparición de figuras políticas de talla en

la vida italiana anterior a 1922, tales como Croce, Nitti, Sforza, Sturzo u Orlando.

Las circunstancias de la guerra habían favorecido en el sur las tendencias conservadoras que intentan —y consiguen en seguida— imponerse en el norte progresista y desarrollado. Será en definitiva Roma y no Milán y Turín quien termine imponiendo sus directrices ideológicas, al ser apuntaladas decisivamente por la presencia aliada, nada propicia a aventuras izquierdistas en una Europa occidental destrozada y proclive a tomas de postura radicales en amplios sectores de la población tras dilatados años de sometimiento.

Una fracción importante de los emigrados en el París de los años treinta, junto con destacados socialistas democráticos e intelectuales decepcionados de la corrupta vida política anterior a 1922, se habían unido al *Partido de Acción*, que obtiene con ello un alto nivel de prestigio. El Partido Socialista, con una larga tradición y compleja trayectoria va a comenzar a perder parte del apoyo popular con que contaba, que pasa en gran medida a engro-

sar las filas del Partido Comunista. De entre todas las pequeñas formaciones que aparecen tras la guerra es necesario anotar el valor más que testimonial de las agrupaciones fascizantes, que agrupan a los nostálgicos del pasado, y que estarán presentes siempre en las sucesivas consultas electorales.

El fenómeno característico viene a constituirlo el compromiso establecido entre católicos y comunistas, entre la Democracia Cristiana y el partido encabezado por Togliatti. Herederos los democristianos del *Partido Popular* creado por *dom* Sturzo, podían ofrecer un historial de firme y clara oposición al fascismo. En 1945, Alcide De Gasperi adopta una postura dirigida directamente a la integración de Italia en la trama de posiciones y compromisos occidentales —y por ello anticomunistas—, aun adoptando algunos principios socializantes que pudieran estar en consonancia con un espíritu de cristianismo militante. Con esto, el partido, gozando del apoyo de las conservadoras clases dominantes, ahora *reconvertidas* a la mentalidad de-

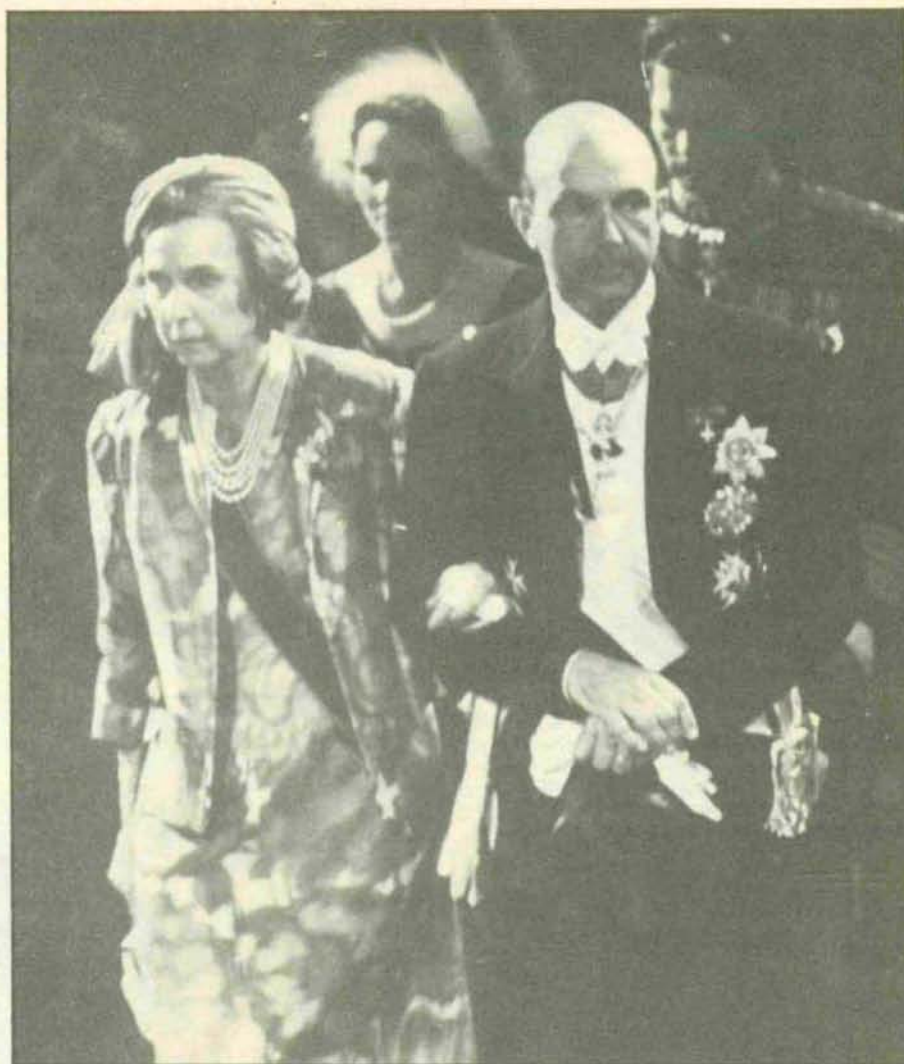


Fotografía retrospectiva tomada en Moscú en el año 1935. Alrededor del líder comunista italiano se agrupan importantes dirigentes de los partidos locales. De izquierda a derecha: Dimitrov, Togliatti, Florin y Van Min. Detrás: Kuusinem, Gotwald, Pieck y Mamilskj.

mocrática, así como del Vaticano y la jerarquía eclesiástica, obtendrá mediante elecciones el primer puesto en las preferencias del electorado, y con él, el protagonismo en la escena política.

En el momento de la Liberación, el Partido Comunista cuenta con más de cuatrocientos mil afiliados. Como en Francia, los comunistas habían llevado el peso principal en la lucha guerrillera contra el ocupante. Unida esta circunstancia a su trayectoria de decidida oposición militante al régimen mussoliniano, están en posesión de un gran ascendiente moral sobre la población. Como muy acertadamente ha señalado Walter Laqueur, la situación en Italia al final de la guerra era potencialmente revolucionaria, lo que parecía suponer que el Partido Comunista podría erigirse en eje decisivo de una nueva organización social y económica. En realidad, la extrema cautela de Togliatti impide cualquier acto de fuerza que pudiese quebrar la delicada situación. El reparto de Europa estaba ya determinado, e Italia quedaba dentro del campo occidental. En esos momentos, ni Stalin hubiera respaldado acciones revolucionarias fuera de su área de influencia, ni los aliados hubieran permitido la pérdida de la estratégica península.

El comunismo italiano, precisamente por este carácter de oposición a cualquier tipo de dominación totalitaria se había ganado el apoyo de amplios estratos de la burguesía acomodada liberal y de las clases intelectuales que, aun no militando como afiliados, se identificaban con algunos de sus principios básicos. Muchos de los literatos jóvenes que llegarían a integrar los mejores niveles de la vida intelectual italiana de los años posteriores, se aproximan en 1945 a posiciones cercanas a las del comunismo liberador: Pavese, Vittorini, Moravia, Silone, Prattolini, Morante, Sciacia...



Tras el referéndum de junio de 1946, llega el exilio para el último monarca italiano. En la imagen, los ex reyes Humberto y María José. Tras ellos, los también destronados ex soberanos de Rumanía.

La caída de la Monarquía y el nacimiento de la República

A lo largo de la primera mitad del año 1946 tienen lugar en Italia una serie de consultas populares que, además de decidir el futuro institucional del país, ofrecen la primera radiografía de las posiciones políticas del pueblo italiano. En las elecciones generales del mes de junio, se reproduce prácticamente el mismo esquema observado en las municipales parciales de marzo y abril. La Democracia Cristiana se alza vencedora en ambas consultas. Cuenta con el apoyo manifiesto de la Iglesia Católica, que incluso llega a permitir el voto en público a los religiosos de

clausura con ánimo de incrementar el número de sufragios para los candidatos democristianos, para los que ha pedido apoyo electoral desde los púlpitos de todas las iglesias del país. El Gobierno Truman, por su parte, no se recata en disponer efectivos navales norteamericanos en los puertos italianos durante la celebración de los comicios.

La principal ligazón entre los votantes democristianos es ahora una decidida posición anticomunista. Estamos en las puertas de la *guerra fría*. Refugio de muchos antiguos fascistas, el partido se viene a nutrir básicamente de quienes intentan situarse en posiciones intermedias lejos de los extremos posibles que se ofrecen al elector.

El Partido Comunista se di-



Palmiro Togliatti (1893-1964). Uno de los fundadores del Partido Comunista italiano, secretario del Komintern y participante en la guerra civil española. Hasta su muerte es secretario del PCI y uno de los mejores políticos italianos de la posguerra.

buja ya como el segundo partido para el futuro, previendo ya el evidente descenso del socialismo. Los comunistas obtienen sus mejores resultados entre las poblaciones industriales del norte, pero también aumentan sus votos en el sur agrario. Socialmente, su implantación recorre toda la escala de niveles, a pesar de sufrir los ataques directos de la Iglesia que, con todo su peso social, llegará a amenazar con la excomunión a los afiliados al partido. A nivel municipal, las grandes ciudades industriales pasarán a ser regidas por ayuntamientos de izquierda. El electorado urbano, con mayor cultura política, prefiere intentar nuevos caminos apoyándose en la efectividad y el practicismo de los que comunistas y socialistas habían dado buena prueba durante la dictadura y la guerra.

El día 2 de junio de 1946 tiene lugar el referéndum sobre la forma de Estado. Entre todos los graves problemas que el país tiene planteados: tratados de paz, posibles pérdidas territoriales, ansias separatistas

en las islas y zonas de habla no italiana, etc., destaca por su carácter fundamental la discusión acerca del mantenimiento o supresión de la Monarquía. La futura Constitución, para cuya elaboración ha sido elegida la Asamblea constituyente, deberá nacer bajo el espíritu —monárquico o republicano— triunfador en las urnas. La mitigación del control aliado y el progresivo retorno de los excombatientes en el extranjero parecen anunciar mejores tiempos para los italianos. El 9 de mayo, Víctor Manuel abdica en favor de su hijo y parte para el exilio en Egipto. Pero ni siquiera esta última manio-

bra podrá salvar del descrédito a la institución monárquica.

La Italia republicana

A pesar de que la imagen de Humberto II aparece como potencial anunciadora de cambios en una institución que había demostrado sobradamente su parálisis e ineficacia, los partidarios de la República vencen en la consulta por un margen de dos millones de votos. Concretamente, 12, 717.923 personas votaron a favor del régimen republicano, frente a 10, 719.284, que dieron su confianza a la Monar-



Alcide De Gasperi (1881-1954). Antiguo miembro del partido Popular, de ideología católica, pasa a la oposición tras un inicial apoyo al fascismo. Protegido por la jerarquía eclesiástica, se refugia en el Vaticano, trabajando como bibliotecario hasta la liberación de Roma. Dirigente de la Democracia Cristiana, configura desde el Gobierno —entre 1945 y 1953— la naturaleza de la joven República italiana.

quía. O sea, un 54,3 y un 45,7 por 100 respectivamente de los votantes. Lógicamente, la mayor proporción de apoyos para la República provino del norte. El sur, a pesar de haber votado preferentemente a favor de la Monarquía, sorprendió por el alza de la tendencia republicana, hasta ese momento inexpresada.

Los monárquicos radicales promueven disturbios, algunos de gravedad, en Roma y las regiones meridionales, mientras el resto del país vive con absoluto orden el cambio de régimen. Durante diez días, sin embargo, Italia se debate en una situación que se ha llegado a denominar como de potencial guerra civil. Elementos

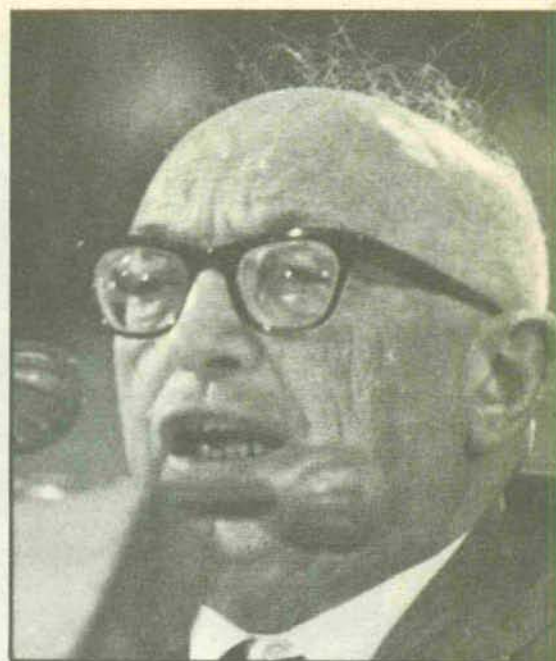


La elección del abogado napolitano Enrico De Nicola como presidente provisional de la República —28 de junio de 1946— garantiza desde la cúspide del Estado la teórica imparcialidad en que intenta apoyarse el naciente régimen, dada la independencia política del elegido.

monárquicos radicales animan la actitud de Humberto al negarse a abandonar el título y el país. Todavía no ha sido proclamada la República, y el Ejército no sabe a qué legalidad obedecería en caso de alcanzarse el supremo enfrentamiento. Pero en definitiva, el día 13 de junio, obligado por las presiones y por la evidencia, Humberto sale de Italia hacia el exilio en Portugal. El 25, inaugura sus sesiones la Asamblea constituyente, una de cuyas primeras decisiones es la elección de Enrico De Nicola, abogado napolitano, como Presidente provisional de la República. Su independiente localización política lo convierte en la persona idónea para el cargo en esos momentos de transición.

Los deseos expresados por Mazzini y sus seguidores en los albores del *Risorgimento*, a mediados del siglo XIX, tendrán su plasmación teórica con la promulgación de la Constitución republicana en diciembre de 1947. Para entonces ya está prácticamente consolidado el dominio que sobre el régimen recién nacido ejercerá durante decenios la Democracia Cristiana, que impone desde un principio lo que se ha calificado como *un nuevo clericalismo*, que a lo largo de los años ha venido mostrando amplias zonas oscuras en su actuación, a las que sirve de contrapunto un Partido Comunista en auge, todavía no contaminado por el ejercicio del poder, y poseedor de diferentes propuestas de vida para los italianos.

Para los italianos de 1947, la Monarquía de los Saboya carecía ya por completo del aura mítica con que se había rodeado al orientar las guerras que condujeron a la expulsión de los austríacos y a la anulación del predominio papal en Italia. La pseudodemocracia personificada por los Depretis, Crispi, Nitti y Giolitti había conducido al ascenso del fascismo. Este régimen totalitario había ahondado todavía más si cabe los



Pietro Nenni (1891-1981). Periodista socialista, exiliado en Francia durante el fascismo, es comisario de las Brigadas Internacionales en España. Desde su progresiva separación de los comunistas, a mediados de los años cincuenta, participa muy activamente en la vida política de la República como ministro en coaliciones gubernamentales con la Democracia Cristiana. Ha sido una de las más respetadas figuras de la izquierda europea de las últimas décadas.

graves problemas del país, terminando por lanzarlo a una guerra desastrosa. Y todo ello amparándose en la Corona. Como para los españoles en abril de 1931, la alternativa entre los dos regímenes posibles ofrecía la posibilidad de un cambio positivo en favor de la instauración de la República.

Ahora, treinta y cinco años de perspectiva pueden ya favorecer el acercamiento a un balance. Modelo de regímenes parlamentarios inestables, la República italiana ha mostrado a lo largo de estos siete lustros una asombrosa capacidad de adaptación a muy diferentes situaciones. Situada entre el desarrollo tecnológico más sofisticado y la supervivencia de modos de vida realmente primitivos; víctima de un terrorismo tercermundista y presente entre los países más influyentes del planeta, Italia puede saldar hoy con un signo francamente positivo esta etapa republicana, iniciada entre tantas incertidumbres y dificultades. ■